



La colonia española de Lisboa rinde fervoroso y expresivo homenaje al Jefe del Estado español, Generalísimo Francisco Franco, quien saluda efusivamente a sus compatriotas.

La emoción de lo HISTORICO

Por LUIS DE GALINSOGA

YO he visto titilar en tres ocasiones las lágrimas en los ojos serenos del Caudillo de España durante su estancia en Lisboa. Le he visto también reaccionar inmediatamente, recobrando su habitual entereza, pero sin hacer traición a su facilidad emotiva y a su tierna bondad de alma, que han sido las dos prendas personales del Generalísimo triunfadoras en el viaje a la nación vecina. Franco, en verdad, ha convencido al pueblo portugués en el primer contacto. La inicua propaganda de tantos años contra él se ha transfigurado fulminantemente en su favor, sin él hacer otra cosa que mostrarse como es. Pero, decía al principio y no quiero distraerme de tema tan agradable, que yo he visto asomar esa emoción fácil del Generalísimo a sus ojos en tres momentos singulares. A saber: el día en que en el Palacio de Queluz recibió el homenaje entrañable de la Colonia española; en la Universidad de Coimbra, al ser investido Doctor; y, finalmente, durante los abrazos de despedida en el aeropuerto de Campo Pequeno al Presidente Carmona y al estadista Salazar. Yo quiero resumir en estas tres estampas la impresión que MVNDO HISPANICÓ me pide, honrándome mucho con el encargo, pero abrumándome todavía más, porque es imposible condensar en los breves términos de un artículo periodístico, las emociones de aquellos siete días inolvidables que há vivido la hermandad luso-española."

Emoción ante la Colonia española. ¡Cuántas gentes de aquellas, de toda especie y condición, como diría la Biblia, que desfilaron ante Franco para estrechar su mano, besándole muchos, abrazándole no pocos, todos respondiendo a su peculiar temperamento y psicología, pero todos también con un nudo de emoción en el corazón. ¡Cuántas gentes—digo—de aquellas no habrán soñado con el momento inefable, que al fin llegó el domingo 23 de octubre de 1949!; tener a Franco cerca, verle, sentirle, estrechar su mano. Muchos de ellos, la inmensa mayoría, entre los varios miles, no lo habrán visto jamás y acaso tuvieran de él un concepto mítico que se fundó al contacto con el calor de la humanidad del Caudillo. Todos aquellos españoles, y cada uno de ellos, era un pedazo vivo del alma y de la tierra que la espada vitoriosa de Franco había rescatado y por las cuales sigue velando el centinela que no se releva.

Emoción de Coimbra. Cuando el Caudillo ha pasado junto a mí, sin su habitual atuendo militar, sin siquiera su traje de paisano de las corridas de toros o de las carreras de caballos, sino extraña y raramente, por vez primera, revestido

con los amplios pliegues de la toga latina, ya he reconocido en su perfil serio y casi hierático el ascetismo de su vida, mitad militar y mitad monacal. Pero así como debajo de la túnica laticlavica iba, en verdad, el soldado, la túnica no era en él una máscara, porque, como resonó con acentos inolvidables de emoción en aquel paraninfo, Franco se había hecho acreedor al doctorado en Derecho en la gloria de Coimbra, porque su espada, aquella tarde en descanso, había salvado precisamente al Derecho y al orden legal y a la paz y a la Justicia de la Península Ibérica. Yo observaba en cada uno de aquellos sabios profesores, de las más diversas edades y disciplinas y también de las más heterogéneas ideas y juicios sobre problemas y dogmas políticos, cómo se sentían todos orgullosos del recentísimo colega. Pero observaba más, que es lo mío de este momento. Observaba que también los ojos de Franco se nublaban de emotividad bajo aquella bóveda de Historia y de Cultura que es la vieja Coimbra, en donde, por cierto, fué armado caballero, según la leyenda, Rodrigo Díaz de Vivar, y en donde realmente un Cid contemporáneo de la raza ibérica era investido aquella tarde, en nombre de la cultura a la que salvó, de Doctor por derecho propio.

Emoción de la despedida. Y, finalmente, he visto cómo la proverbial entereza del Caudillo se ha derretido también en su mirada cuando en el aeropuerto se disponía a tomar el avión para regresar a Madrid. Fué en el momento de abrazar al Presidente Carmona y al Jefe del Gobierno, Oliveira Salazar. Acaso la Historia—de la cual nosotros, los periodistas, al fin y al cabo, no somos

más que acarreadores de detalles, pero no somos nada menos que fedatarios de instantes tales como el que yo aquí invoco—no registre nunca el fasto que aquel abrazo representa para la vida y para la salvación de Europa y de una cultura y de una espiritualidad intercontinental. Pero, desde luego, para el más modesto periodista de los que allí había, para mí, que esto escribo, aquel abrazo fué sellar un pacto histórico. Un pacto histórico entre dos naciones que, como ha dicho Oliveira Salazar, son «dos hermanos con casa separada en la Península, tan vecinos que podemos hablarnos desde los balcones, pero seguramente más amigos por ser independientes y celosos de nuestra autonomía». Nunca asoman en balde las lágrimas a los ojos del Caudillo Franco, porque nunca un hombre que está en posesión de las cuatro virtudes cardinales se emociona si no es porque sacude su corazón el escalofrío de la trascendencia de sus actos históricos.



Los antiguos combatientes portugueses de la guerra civil española renuevan su admiración por el Caudillo español. Franco, exponente máximo del heroísmo hispano, fraterniza con estos antiguos soldados de su causa.